

Un Estado de ilusión: mitos de origen, violencia e insurgencia en Sri Lanka, Colombia e Irlanda del Norte

María Victoria Uribe Alarcón. *Salvo el poder todo es ilusión*. Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, 2007, 288 p.

La primera aclaración que debo hacer es que *Salvo el poder todo es ilusión* no es un libro etnográfico. Surgió a partir de una tesis de doctorado en Historia aunque fue escrito por una investigadora con formación en el área de antropología. En el fondo, debo confesarlo, mi inquietud inicial era también la de intentar desenmascarar algunos rasgos de la formación inicial de la investigadora, los cuales se reflejan en algunas secciones del texto que pretendo incluir en esta reseña, y que podrían permitirnos imaginar puentes entre las dos disciplinas. Asimismo, pretendo mostrar de qué forma un trabajo, insisto, pensado desde la historia puede iluminar determinadas discusiones en torno a la violencia y su relación con particularidades derivadas de las diversas apropiaciones del modelo Estado-nación, evidentes inclusive en las narrativas insurgentes.

M. V. Uribe propone una exploración de los mitos de los Tigres Tamil en Sri Lanka, de las FARC (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia) y del *Provisional IRA (Provisional Irish Republican Army)*. Su trabajo está basado en el análisis de fuentes secundarias y de textos producidos por las propias organizaciones –textos de propaganda e instrucción y libros que condensan las narrativas sobre eventos clave en la historia de estos grupos llamados por la autora de insurgentes–, y por sus líderes –las alocuciones del líder de los Tigres Tamil *Prabhakarán*, por ejemplo–. Analiza también los documentos que aparecen en los *sites* oficiales de las organizaciones y en los medios escritos que controlan –esto en el caso de las FARC y su periódico “La Resistencia”, por ejemplo.

El libro consta de cinco capítulos siendo que en el primero, que abarca cien de las doscientas cincuenta páginas, la autora describe de forma separada los antecedentes históricos de la conformación de los movimientos insurgentes. En el segundo capítulo explora la idea de violencia estatal por medio de la recopilación de hechos relacionados con tres eventos que bien pueden ser entendidos como emba-

tes del Estado contra movimientos que, en ese periodo, están –en mi lectura– en la interface entre movimientos sociales y movimientos insurgentes. Vale la pena decir que éste es un tránsito que la autora apunta en varias partes del texto y no desarrolla analíticamente de manera satisfactoria. Los eventos que relata en este apartado son la masacre de tamiles en Colombo (1983), el ataque militar a Marquetalia (1964), y el *Bloody Sunday* de 1972 en Derry (Irlanda del Norte).

En el tercer capítulo, trabaja el proceso de consolidación de las identidades insurgentes, categoría que no es problematizada ni discutida. La autora describe, de igual manera, algunas de las estrategias de resistencia de los grupos armados, entre ellas, las protestas sucias y las huelgas de hambre en Irlanda; la consolidación de los enclaves subversivos de las FARC; y algunas técnicas y prácticas de guerra implementadas por los Tigres Tamil en el transcurso de tres décadas, tal sería el caso de la incorporación de escuadrones de mujeres en la lucha armada hacia 1987 con la constitución del *Women's Front of the Liberation Tigers*.

La investigadora se centra, sin embargo, en las estrategias retóricas de las narrativas históricas de los movimientos, dando mayor importancia a los discursos que se configuran como telón de fondo de las acciones militares –en el caso de las FARC y de los Tigres, centrados en variaciones de los discursos marxistas–. Más adelante, en el cuarto capítulo, retrata la hegemonía de los Estados frente a los grupos armados a través de su actuación en los procesos de negociación. Infelizmente, una línea de argumentos que podría haber derivado en una reflexión acerca del modelo Estado-nación, sin perder necesariamente la perspectiva histórica del escrito y el énfasis en las narrativas insurgentes, colapsa en la descripción de los hechos “políticos” en torno de las fases de negociación y acuerdos de paz. Ya el quinto capítulo contiene una reflexión sobre las perspectivas futuras de las identidades insurgentes creadas y sus confrontaciones con los gobiernos de los tres países.

Durante todo el escrito, M. V. Uribe mantiene la división por caso con esporádicos enlaces analíticos que, sin embargo, son expuestos con claridad solamente en la introducción. El sello teórico de combinar la aproximación de los movimientos sociales con una perspectiva antropológica de las minorías y de la etnicidad para entender las bases históricas y la constitución de la identidad insurgente es opacado en los capítulos intermedios ya que se torna prioritaria la narración de acontecimientos “fundamentales” de la historia contada por los movimientos insurgentes. Me parece que esta escogencia es arriesgada en la medida en que puede contribuir a una historiografía oficial del “conflicto armado”, término acuñado para el caso colombiano y que en mi opinión se ha convertido en lugar común nacional al remitir a una narración cronológica de episodios de violencia, sin que ello proporcione análisis de largo aliento sobre los problemas, ahí sí de larga duración, que explican ciertas dinámicas de la violencia contemporánea.

Según la autora, los movimientos insurgentes son arrastrados por la dinámica de sus prácticas violentas, lo cual ha perpetuado el conflicto por varias décadas en

los tres casos considerados. La instauración del combate como forma de vida, a su vez, se debe a la no modificación –o eternización– de sus mitos de origen. Esta hipótesis se constituye en uno de los ejes fundamentales del texto y, en el primer capítulo específicamente, actúa como guía de la narración cronológica de los eventos históricos previos a la conformación de los movimientos insurgentes. Desafortunadamente, en los siguientes capítulos, esta hipótesis termina siendo borrada por el peso otorgado a los hechos, enmarcados en una revisión cronológica de eventos que, no obstante, son centrales para las ambiciones analíticas de la autora, colocadas de forma extraordinaria en la introducción pero poco modeladas a lo largo del libro. Es como si su contribución fuera la estructura, o sea, cómo el texto fue concebido y no cómo los argumentos fueron desarrollados. De esta manera, optar por la narración histórica –episódica– terminó convirtiéndose en una camisa de fuerza también para mí a la hora de reseñar el texto pues tuve dificultades para extraer elementos que me permitieran construir una discusión de índole analítica en torno a la relación violencia y Estado-nación, temática en la cual localizaría el esfuerzo emprendido por M. V. Uribe.

Coherente con la estructura que describí, la autora presenta de forma separada los antecedentes históricos de cada uno de los tres movimientos analizados; es decir, los hechos previos a los eventos de fundación que son la base de las narrativas llamadas por ella “mitos de origen”. Todo esto en el primer capítulo. Para el caso de Sri Lanka, la autora hace una síntesis de las diferentes ocupaciones y fases de colonización: portuguesa, holandesa e inglesa. Al hablar de una división genérica entre tamil nativos y tamil de las tierras altas simplifica, hasta cierto punto, el complejo panorama étnico de Sri Lanka. En este mismo sentido, llama la atención que la autora mencione en pocos apartados el papel desempeñado por los diferentes grupos musulmanes. En cambio, enfatiza en la revitalización del budismo a partir del siglo XIX para referirse al nacionalismo cingalés que, a su vez, llama de tradición inventada, sin entrar en la discusión de ese concepto. Describe también el trabajo renovador de Olcott, responsable por lo que denomina “occidentalización” del budismo *Therevada*, doctrina que fue continuada por Anagika Dharmapala y que propició ataques antinacionalistas y anticristianos contra comerciantes indios, musulmanes y tamiles.

Esta sección del texto contiene una amplia descripción de los partidos políticos que se conformaron después de 1948, cuando la ciudadanía y el derecho al voto fueron negados a los tamiles que venían del sur de la India. La autora habla de una ficción de supremacía de los cingaleses, alimentada por una interpretación política de crónicas míticas que se refleja en hechos decisivos como la declaración del cingalés como lengua oficial en 1961. Evidencia también la evolución del Partido Federal, que pasa a ser el partido político tamil más importante e influyente, promoviendo la idea de la autonomía regional. De allí se desprende el análisis de la conformación del *Tamil New Tiger*, posterior LTTE (*Liberation Tigers of Tamil Eelam*), partido

separatista fundado en 1976 y que después de la masacre de Colombo en 1983 intensificó su lucha contra el gobierno oficial.

Para reforzar su hilo conductor, la autora habla paralelamente de la movilización étnica tamil, como etapa previa a su conformación como movimiento insurgente, centrado en la defensa de las tierras contra la “recolonización” cingalesa y la lucha parlamentaria por la autonomía regional de las provincias del norte y nordeste. Esta movilización étnica, en la óptica de M. V. Uribe, valida la posibilidad teórica de usar la noción de movimiento social de Appadurai que, básicamente, propende al no establecimiento de límites entre los conflictos étnicos y políticos. La disputa que estaría en la base de este tipo de movimiento se centra en la consecución de cierto modelo de Estado; en el caso de Sri Lanka, de un lado estarían los cingaleses apelando por un Estado budista, centralista y unitario; de otra parte, los tamiles abogarían por un Estado descentralizado, federal y regido por un principio de autonomía regional.

En el caso de Irlanda del Norte, la autora intenta localizar históricamente el conflicto entre unionistas y nacionalistas, introduciendo igualmente la división territorial Ulster británico-Ulster irlandés. Enfatiza en la “fuerte identidad irlandesa” y en las luchas que desde el siglo XVII se han emprendido contra la integración a la Corona Británica. Enseguida, explica el proceso de usurpación masiva de tierras de los irlandeses adjudicadas a colonos de Gran Bretaña como antecedente rural de una lucha que, a partir de 1970, se tornó eminentemente urbana y cuya unidad territorial más importante ha sido el barrio o el denominado *ghetto* católico.

La investigadora se detiene en el caso de Derry, ciudad que hacia 1689 fue ocupada por ingleses protestantes recibiendo el nombre de Londonderry, para mostrar la continuidad en los elementos que estructuran las narrativas de los grupos nacionalistas. En 1689, el rey católico cercó la ciudad por un periodo de 105 días intentando arrebatársela a los protestantes. El triunfo protestante en manos de William the Orange es conmemorado hasta el día de hoy por órdenes protestantes como la Orden Naranja con marchas por los barrios de Derry. Con la explicación de estos hechos, M. V. Uribe demuestra cómo detrás de una violencia política como la perpetrada por el IRA –y por las diferentes disidencias de este grupo– existe una actitud política marcada por manifestaciones de violencia de larga duración. Este es, sin duda, uno de los apartados más interesantes del texto. Para la autora, las manifestaciones callejeras de las órdenes protestantes y católicas son el *locus* donde se reproducen actitudes como el estoicismo, baluarte de la causa nacionalista, solo para dar un ejemplo de una bella idea que su análisis sugiere y que podría haber guiado la pregunta por valores centrales en los otros casos analizados. Pido a los lectores no juzgar mi pedido de antemano como la exigencia de una antropóloga, y sí como una invitación general en aras de la comprensión de fenómenos sociales complejos como los que involucran manifestaciones colectivas de violencia o acciones violentas contra colectivos de diferente índole. Es justamente por esta motivación que rescato el llamado de atención de M. V. Uribe respecto a la importancia de entender

los eventos históricos en una larga duración –tomando el concepto de Braudel– pues estos son herramientas políticamente versátiles, aunque externamente puedan ser percibidos como repeticiones mecánicas.

Otro apartado brillante del texto remite a la explicación de la conformación de la Orden de los *Fenians*, constituida en 1867 y que operó como un movimiento nacionalista con sede en el extranjero, hasta tener al cabo de una década más de ciento cincuenta mil adeptos. Para la investigadora, este tipo de organización puede ser visto como uno de los primeros movimientos sociales de la historia, en gran medida por el apoyo financiero, logístico, ideológico y propagandístico recibido por parte de la comunidad católica viviendo en la diáspora. La falta de este tipo de plataforma, en el caso de la FARC, ilustra por medio de un contraste que considero válido, su carácter de movimiento marcado por múltiples localismos, identificables inclusive en sus propios iconos de propaganda.

La preocupación de M. V. Uribe por identificar los líderes, tanto de los partidos políticos como de los movimientos y eventos descritos, y la referencia recurrente a detalles de las negociaciones, acuerdos y coaliciones entre los partidos políticos, esto en los tres casos tratados, tiene la marca de la influencia de autores como Erik Hobsbawm que une el análisis de los movimientos sociales con la descripción del perfil de figuras carismáticas, contextualizadas siempre en la negociación con el Estado. Este tipo de aproximación tiene la ventaja de mostrar una perspectiva menos localista de los movimientos sociales, lo cual facilita el trabajo de comparación de los hechos sin modificar el esquema teórico de base; sin embargo, impide el desarrollo de contribuciones conceptuales más amplias. Ahora, en relación con el énfasis en la dinámica de los partidos políticos es interesante porque para M. V. Uribe estas instituciones son un reflejo fiel –adjetivo mío– de las aspiraciones políticas de los movimientos sociales e insurgentes, principalmente en el plano de la etnicidad. Considero que la autora pudo ser más taxativa a la hora de mostrar los matices de esas aspiraciones y la configuración interna y heterogénea de los grupos en contienda, sin caer en la máscara del oficialismo que oculta dimensiones que se oponen, incluso, a los propios mitos insurgentes propagados de una forma más amplia o masiva.

En el segundo capítulo, la autora habla de represión estatal sin hablar de Estado y tal vez no haga esta reflexión por el hecho de haber aclarado desde el comienzo del libro que su eje conceptual sería la noción de movimiento social que le permitiría: 1) partir de la idea de una continuidad entre la violencia y lo político; 2) entender la dialéctica entre ideología institucionalizada y acción colectiva, y 3) estudiar los tres movimientos desde su “estructura de oportunidades políticas”. De todas maneras, y en relación con los dos últimos aspectos señalados, está implícita una reflexión sobre el Estado que ella no hace evidente en términos de su marco conceptual. Por esta razón, usa represión estatal y “acciones de las élites del poder” como sinónimos y, por lo tanto, equipara Estado con una idea genérica de élite para los tres casos escrutados. Esta imprecisión tiene un lado interesante porque muestra rostros por

detrás de las acciones violentas; sin embargo, la descripción diferencial de las elites en los tres casos está ausente del análisis. Me parece, entonces, que la autora cae en la trampa del discurso de los propios movimientos, y muy probablemente en ciertos elementos de aquel que le es más familiar, puesto que los discursos de las FARC están basados en el argumento cerrado y genérico de una oligarquía opresora de las clases populares.

A pesar de lo dicho arriba, el segundo capítulo contiene un análisis creativo de los testimonios de los jefes guerrilleros sobrevivientes del ataque a Marquetalia y de los propios militares que dirigieron la operación. So pena de sonar sectaria, vislumbro una mirada etnográfica que enriquece el texto. Lejos de procurar la versión más precisa, la autora muestra el choque de versiones; exalta dudas, por medio de la complicidad de detalles etnográficos de sus fuentes, sobre el número de personas que integraban el asentamiento, el número de soldados que participaron en la operación y el número de víctimas.

No voy entrar en detalles del *Bloody Sunday*, marcha católica declarada acto de desobediencia civil que culminó con la muerte de catorce católicos nacionalistas. De hecho, la investigadora hace una descripción exhaustiva de todas las versiones de lo ocurrido, en parte porque existe una copiosa información sobre el caso –información oficial del Estado y del movimiento, jurídica, periodística, de propaganda política, etc.–. Existen registros fotográficos y muchas horas de grabación con participantes de la marcha y familiares de las víctimas. Lo que llama la atención es que los muertos están siempre presentes, son glorificados bajo la premisa de “muerto que se olvida, muere por segunda vez”. En este punto me pregunto si la visibilidad, la movilización civil por actos de violencia –no estoy hablando de las acciones perpetradas por el IRA– no tiene que ver con la consolidación de un aparato estatal, y jurídico, según los parámetros más ortodoxos del Estado-nación? ¿Será que en Irlanda las sublevaciones están enmarcadas en un esquema más claro de desobediencia civil? ¿Cómo pensar la desobediencia civil en el caso del sur de la India cuando los motines multitudinarios son manifestaciones de una política electoralista de masas que nos hace recordar la construcción cosmológica de un mundo en el cual es impensable la división sociedad/política? ¿Cómo pensar los márgenes de la desobediencia civil en Colombia, donde el personalismo, el clientelismo, y apelar a medios y fuerzas no oficiales, han sido las estrategias para garantizar un sistema democrático que autores colombianos han llamado, como bien recuerda M. V. Uribe, de democracia dubitativa: un país que oscila entre la desestabilidad que la violencia genera y los pactos de partidos y caciques tradicionales; un país sobre un régimen estatal semirrepresivo aunque no abiertamente dictatorial?

Imposible llegar a este punto y no hacer una reflexión sobre el Estado y las variaciones de lo que la autora llama movimientos insurgentes; sin embargo, ella no aprovecha su propio levantamiento y concluye rápidamente en la página 145 que las continuidades históricas de los diferentes movimientos se han transformado en

cada caso, aunque el IRA haya tenido una continuidad temporal y una profundidad histórica que ni las FARC ni los Tigres Tamil poseen.

Desde mi punto de vista, la respuesta no está tanto en la consistencia o coherencia de las sublevaciones y sí en la configuración histórica del Estado y de la nación, o mejor, en la configuración histórica del Estado y su reflejo en las múltiples narrativas acerca de la nación, incluyendo aquellas que nacen de los movimientos insurgentes. Este último sería el caso de los mitos de origen trabajados por M. V. Uribe. A mi modo de ver, los cuestionamientos levantados podrían ser estudiados por medio de nuevas agendas de investigación y es la propia investigadora quien hace una propuesta de este talante en el tercer capítulo. Sugiere que para entender los efectos de la represión estatal, las retaliaciones de los grupos armados y las fallas en los procesos de negociación deben ser trabajados tres aspectos: la naturaleza del Estado, el carácter de las élites y la geografía física de cada país estudiado. Digamos que este es otro de los puntos fuertes del libro, una propuesta sugestiva, relevante y pertinente que, sin embargo, no va a ser desarrollada por la autora en este escrito.

A mi modo de ver, aproximarse a la naturaleza del Estado implica la creación de un campo a partir del cual sea posible ver la articulación de diferentes tipos de narrativas –insurgentes o no– y su relación con ciertos rasgos o características de la violencia en casos como los tres seleccionados en el texto que reseño. Al depararse con el tema de la naturaleza del modelo Estado-nación, es necesario analizar el papel de las narrativas y la importancia de las mismas para los sistemas políticos que se derivan de ese modelo, aún bajo las premisas de la informalidad y la no institucionalidad –como parece ser el caso de las democracias latinoamericanas, por no ir más lejos—. De hecho, podría decirse que la naturaleza del Estado se encuentra en la consolidación de una serie de procesos comunicativos que están por detrás del proceso político. El Estado introduce cortes en la comunicación durante el trabajo de actualización de sus discursos y hace que, supuestamente sus opositores entren en la misma lógica que exalta, en el caso colombiano específicamente, una obsesión por los procedimientos burocráticos y jurídicos. Una memoria escrita oficialista que apaga las posibilidades de una memoria política comprometida con procesos de convivencia en pro, inicialmente –un inicialmente que ni tardíamente ha llegado–, de una comprensión del llamado conflicto armado. Para mí es claro que las fuerzas en contienda, estatales o no, usan el dolor y el sufrimiento como una forma aberrante de introducir el corte más radical en la comunicación, y en el sustrato de cualquier lazo social: el silencio.

Es en este sentido que interpreto la narración de los procesos de negociación entre las FARC y el gobierno colombiano que hace M. V. Uribe. Los diálogos de 1984, y los que se intentaron llevar a cabo entre 1998 y 2000 muestran una ruptura con la memoria de los diálogos precedentes, una búsqueda incesante por cortar memorias precedentes. La autora logra ilustrar de forma admirable las negociaciones que comienzan siempre de cero, en un clima de celo excesivo que reduce cualquier

intento o propuesta a discusiones de asuntos formales o de procedimiento. Considero más que válido y sugerente el contraste con las negociaciones de Irlanda del Norte puesto que el *Good Friday Agreement* de 1998 es resultado de una evaluación de la memoria existente sobre las experiencias y expectativas de los grupos nacionalistas contemplados en los intentos precedentes de 1973 y 1985 (*Anglo-Irish Agreement*). En todos los casos, los acuerdos fueron promovidos por el *Social Democratic and Labour Party* (SDLP), partido nacionalista, social-demócrata, fundado en 1970 y asociado a la Internacional Comunista. El primer acuerdo buscaba la integración de la minoría católica del norte a la República de Irlanda. Esta propuesta fue rechazada por los unionistas protestantes. Posteriormente, en 1985, se propuso el cambio de estatus de Irlanda del Norte condicionado a la voluntad de la mayoría, lo cual a la larga abrió el camino para el acuerdo de 1998, en el cual se reconoce el derecho de los ciudadanos de Irlanda del Norte a la libre escogencia de la ciudadanía: británica o irlandesa.

Para M. V. Uribe, religión y conciencia nacional son las características de los fenómenos insurgentes de Sri Lanka e Irlanda del Norte, mientras que en Colombia el conflicto carecería de una definición cultural. En suma, en Sri Lanka, el conflicto es étnico-religioso; en Irlanda es social y religioso, y en Colombia se trataría de uno político y social. En esta síntesis la autora parece olvidar, hasta cierto punto, la advertencia de que para analizar situaciones como las del Sudeste asiático es insostenible mantener la división política/religión.

En varios apartados (véase página 218, por ejemplo), la investigadora afirma que los nacionalismos asiáticos no pueden ser entendidos en términos de la racionalidad secularizada de Occidente. En otra sección del texto, que retrata de nuevo su mirada etnográfica, discute la categoría *tiyakan* –abandono–, que aparece en los discursos de los Tigres en la década de los ochenta y fue usada con el propósito de establecer diferencias entre la lucha pacífica y la lucha armada, y entre el sufrimiento individual y el colectivo. La autora traduce esta categoría como martirio, intentando huir de ideas ancladas en la tradición judeo-cristiana como la del mártir y aquellas relacionadas con la sumisión y la redención. Lo que llama la atención es su afirmación de que *tiyakan* es un concepto con bases religiosas a pesar de estar marcado por lo que llama una “performatividad secular”. En otro fragmento, apunta que en Irlanda opera un “secularismo contextual” y da como ejemplo los partidos de fútbol, cuando se enfrentan los equipos de la República de Irlanda e Inglaterra y, momentáneamente, se borra la oposición entre protestantes unionistas y católicos republicanos. De cierta manera es como si M. V. Uribe estuviese oponiendo “performatividad secular” y “secularismo contextual”, lo cual termina polarizando su interpretación en la medida en que se supone a priori la existencia de formas ideales de ser secular. Esto, por otro lado, evidencia nuevamente la tendencia a mantener la división religión/política. De hecho, una de las tareas más difíciles del ejercicio antropológico es cuando se toma la decisión de determinar lo que es secular o no de las representaciones, prácticas y

eventos estudiados, lo cual responde a una lógica moderna que separa esferas de la acción humana usando como coartada la creencia.

La autora pretendía una integración del par política/violencia y, por ello, escogió la noción de movimiento social y la noción de *contentius politics* de Tilly, que establece que todos los casos de violencia a gran escala deben ser considerados como política contestataria, sean sus expresiones pacíficas o violentas. Una noción de este tipo instituye márgenes muy amplios que terminan haciendo que el autor o autora quede inmerso en la construcción de su relato de los llamados “hechos históricos”. Otro problema conceptual del texto, es que termina reproduciendo la división ideología/acción colectiva; la primera definida por M. V. Uribe como un sistema de creencias más lógico y complejo, y la segunda como marcos referenciales constituidos por medio de metáforas. A mi modo de ver, este tipo de escogencia conceptual de la autora marcó el carácter del libro como un todo: un paño tejido con varios hilos, aunque resalten a los ojos del lector solo dos, el de la historiografía oficial de los movimientos insurgentes y el hilo de la historia contemporánea de los tres países, relatada de manera episódica. Esto no quiere decir que el trabajo con las fuentes no sea riguroso y que, aun con tantos detalles de la vida política nacional de Sri Lanka, Colombia e Irlanda del Norte, la autora no construya un texto bien estructurado y con profundidad. El libro tiene el mérito, además, de ser apto para dar frutos entre lectores legos en la historia contemporánea de las regiones estudiadas. El análisis, sin embargo, se torna excesivamente general por cuenta de la separación de los casos y por la distancia tomada respecto al marco interpretativo propuesto. La mejor parte es que los datos están allí para ser escrutados e iluminados por otras propuestas analíticas.

Silvia Monroy Álvarez
Doctoranda en antropología social
Universidad de Brasilia
Dirección electrónica: silviamonroy@gmail.com

